

## UNA VIEJA SORPRENDENTE

Escrito por Eugenio Cox / [ecox@expan.cl](mailto:ecox@expan.cl) / Junio de 2006 / Publicado en Revista ED.

Qué manera de partir contaminado a este, mi primer viaje a **Cuba**. Si hubiese podido medir en kilos los prejuicios, habría pagado unos buenos dólares de exceso: Que **La Habana** es deprimente; que no da para más de dos noches; que a la salida del hotel acechan las prostitutas y se te cuelgan los niños a pedir plata; que tienes que llevar un cargamento jabones, pastas de diente, lápices de colores, para repartir a las camareras y a los cientos de mendigos callejeros, etc. etc. A esto súmele el contenido del propio disco duro, entonces las expectativas y el estado de ánimo eran totalmente diferentes a las de cualquier viaje de vacaciones.

Al aterrizar en el aeropuerto José Martí de **La Habana** me traspiraban las manos y se me apretó el corazón. Al desembarcar me encuentro con un terminal que podría corresponder a un aeropuerto europeo: lleno de turistas y con muchas banderas del mundo colgando desde un alto techo, incluso la de USA. Tras los trámites de ingreso - no más engorrosos que el de su vecino tío Sam - cruzando una puerta de vidrio pasamos de la modernidad a los años 50 como quien cambia de canal. Es de noche, hace calor y está muy húmedo. Al salir de la aduana se me acerca una mulata bajita y preciosa, bien pintarrajeada con una polera de lycra verde cata, que me pregunta entre risas y mascando chicle: y tú chico a qué hotel vas ?. Le enseño mi voucher, hace un pequeño globo, asienta, y de un chasquido de dedos me contacta con el guía que me espera dos metros más allá para trasladarme al hotel en un moderno minivan. La cara de risa de aquella chica, el olor a habano de los expectantes fumadores que esperaban abrazar a sus amigos, y la buena onda del chofer, fueron suficientes para relajarme de inmediato. Después unos 30 minutos por una amplia autopista, desprovista casi de iluminación y adornada de tanto en tanto con grandes - y venidos a menos- letreros alusivos a la Revolución, comenzamos a internarnos en una ciudad muy oscura, con mucha gente caminando bajo grandes y elegantes portales débilmente iluminados por unos pocos tubos fluorescentes. La sensación era como que se hubiese cortado la luz. De repente aparece el Malecón, que se muestra orgulloso y bien iluminado con su curvatura y longitud similares a la de Copacabana. Ahí es cuando uno comienza a darse cuenta de lo antiguo de los autos y de lo elegante de las edificaciones cuyo estado de conservación pasa piola con tan teatral iluminación. Al final del Malecón llegamos la Plaza de Armas, en semi penumbras, al histórico y elegante **Hotel Santa Isabel**, antigua mansión que perteneció a los Condes de Santovenia . Me asignaron una habitación de unos 30 metros cuadrados por cuatro de altura, color rosa muy pálido, piso de baldosa con figuras geométricas en colores claros y oscuros, dos grandes catres con respaldos de bronce y ventanales con postigos iguales a los de una antigua casa de campo chilena. Hasta olía a casa igual. La sensación fue tan agradable que lo primero que atiné fue a celebrar la llegada zampándome un par de mojitos en el patio principal decorado con grandes palmeras, bananos y muebles coloniales.

Al abrir los postigos a la mañana siguiente me enfrento con un sol radiante, cielo azul con nubes blancas y gordas y una Plaza de Armas grande y colmada de inmensos y añosos árboles. Me quedé largo rato pasmado mirando desde el balcón la belleza de la plaza, las arcadas de los edificios que la circundan, los grandes autos americanos cincuenteros pintados casi con brocha en colores fuertes; lo digna y bien vestida de la gente caminando por la calle; un grupo de adolescentes escolares jugueteando y riéndose a carcajadas, una pareja de viejitos con bastón y sombrero blanco sentados a la sombra de un gran ficus benjamina, en fin, una onda tan diferente a todo lo que me habían contado. Después de un abundante y típico desayuno buffet, partí a caminar por la calle peatonal principal, Obispo, dispuesto a perderme y a descubrir la ciudad. Eran las once de la mañana y el centro bullía de actividad. **La Habana Vieja** es de una grandeza y riqueza arquitectónica comparable perfectamente a Madrid y París. Impresiona demasiado la elegancia de los edificios y el estado calamitoso en que se encuentran. Sus atesorados, sus puertas, las alturas de los espacios, sus patios interiores, las escaleras y sus finos balcones enrejados tapizados de ropa secándose. Todo evoca a un pasado de mucha riqueza y refinamiento. Paralelamente, por todas partes se ven construcciones en vías de ser restauradas por la “Oficina del Historiador la Habana” para volver a la vida en gloria y majestad. La confluencia de tanta belleza arquitectónica, la realidad de la cosa política, el ritmo de las canciones de Compay Segundo, el clima caluroso y húmedo y una raza preciosa y sensual como son los cubanos, provocan la sensación de sentirse protagonista de una película de los años 50 filmándose en un gran set abierto.

Luego de varias horas de vagar feliz y con una sensación de seguridad total por las calles, caigo en la cuenta que no me ha asaltado nadie y no me han pedido ni la hora, aparte de uno que otro personaje que se acerca y estira la mano, pero nada tan distinto a lo que estamos habituados. Temo que tendré que salir a repartir jabones a la calle antes de regresar, pues al paso que voy no tendré a quién entregárselos. El mojito se convierte en el brazo derecho del panorama. Hay que hacerse el tiempo para sentarse en una de las innumerables terrazas a descansar y a mirar como fluye la cosa habanera. Hay muchos restaurantes famosos y legendarios como el Floridita, la Bodeguita del Medio y La Guarida que son imperdibles y mas bien caros. En todas partes del mundo la Leyenda se paga. Como estamos en **Cuba**, hay que aprender rápidamente a “buscarle el lado a la cosa” para moverse y encontrar los mejores “paladares” – casas de cubanos donde sirven comida rica y sencilla – para almorzar y comer. Los hay, variados, y a ellos se llega simplemente preguntando producto del hambre y de la total falta de cafeterías u otros lugares para comer. A pocas cuadras del Capitolio hay un activo barrio chino donde se come muy bien y barato. Lo que envidiable es que nunca falta el ron, el habano, la música, el baile y la buena onda de la gente. Sin entrar en la cosa política, es admirable como los cubanos sobrellevan sus dolorosas carencias y restricciones con tanta dignidad y gozando con lo mínimo.

Por la noche se puede salir a caminar sin ningún peligro, obviamente sin colgarse los oros ni las joyas pues hasta en Santiago tientan a cualquiera. Una madrugada, de regreso al hotel, caminando por las estrechas callejuelas, después de bailar y dejar hasta el apellido en un animadísimo local de salsa, me llamó la atención una puerta entreabierta a través de la cual se divisaban unos muebles como de farmacia. Al lado de afuera, sentado y fumando, se encontraba un vigilante quien, al detectar nuestro interés, ofreció entrar y guiarnos. Se trataba nada menos que de la Farmacia Sarrá, fundada en 1853 por un Dr. Catalán del

mismo apellido. Nunca en mi vida he tenido sorpresa igual: frescos en el techo, lámparas de alabastro, piso de mármol, vidrieras y estanterías de más de cinco metros de altura tapizadas con miles de frascos de remedios originales de vidrio y porcelana, en cuyo interior aún se conservan vivos los olores de los medicamentos que contenían. Impresionante. Eran cinco de las cuatro de la mañana. A pocos pasos, de regreso al hotel, encontramos una panadería donde una veintena jóvenes mulatos de torso desnudo y la música a todo volumen comenzaban a sacar de los hornos los primeros panes. Por un dólar casi compramos toda la producción para el día que despuntaba.

En **La Habana Vieja** hay suficientes panoramas entretenidos para hacer durante el día y la noche: museos, iglesias, palacios, galerías de arte, terrazas, plazas, rincones, restaurantes, salsotecas, etc. En mi opinión, es un crimen ir a **Cuba** y no quedarse unos tres o cuatro días en uno de los acogedores hoteles que mencionaba anteriormente. Entre los más pequeños y encantadores recomiendo el **Hotel Santa Isabel, Hotel Florida, Hotel Ambos Mundos, Hostal Los Frailes, Hotel Raquel, Hostal del Habano**. Cercanos al Capitolio, y un poco más grandes, el espectacular y lujoso **Hotel Saratoga, Hotel NH, Hotel Plaza, Hotel Inglaterra, Hotel Telégrafo, Hotel Sevilla**, etc. En todos ellos hay historia, leyenda, romanticismo y un pasado vivo que conmueve profundamente. La combinación de una estadía en **La Habana Vieja** con unos días de descanso en una de las cientos de espectaculares playas cubanas resulta perfecta.